

Jaim Etcheverry, Guillermo (diciembre 2005). *Editorial : Vocaciones científicas* . En: Encrucijadas, no. 35. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Editorial

Vocaciones científicas

Guillermo Jaim Etcheverry

Rector de la Universidad de Buenos Aires

Constituye un lugar común destacar la importancia actual del conocimiento. Sin embargo, ese discurso dista mucho de materializarse en los hechos ya que parecería que rehuimos los sacrificios individuales y sociales que supone ingresar en esa anticipada sociedad del saber. Participar de ella supone contar con un importante caudal de personas que posean un nivel elevado de educación. Es cierto que contamos con núcleos en los que se desarrollan altas tecnologías, pero también lo es el hecho de que la mitad de nuestros jóvenes que concluyen la escuela media tienen dificultades para comprender lo que leen y para realizar simples tareas de abstracción. Además, es conocido el hecho de que el 64 % de la fuerza de trabajo argentina no ha completado los estudios medios, porcentaje que en los países desarrollados no supera el 20 %. Resultará muy difícil ingresar a la sociedad del conocimiento por la puerta de la ignorancia.

Por eso debemos encarar un vigoroso esfuerzo destinado a educar mejor a la mayor cantidad posible de personas, pues es en ellas donde reside la clave de nuestro desarrollo como país. Debemos intentar incluir a toda nuestra gente ya que el problema actual supera al que plantea la pobreza, es el de la exclusión. Nos rodean jóvenes que carecerán de las herramientas que les permitan comprender el mundo, a sí mismos y a los demás.

Ese compromiso social imprescindible para educar a todos debe ser acompañado por un esfuerzo personal, lo que requiere convencer a nuestros niños y adolescentes, sobre todo a sus padres, que aprender no es una actividad más del mundo del espectáculo, que no se asiste a la escuela a divertirse y a pasarla bien, sino que se lo hace esencialmente para realizar un esfuerzo sostenido y personal, bajo la guía de los docentes. Es preciso regresar a esa idea, modesta, hasta antigua, pero que sigue teniendo vigencia.

En épocas como la actual, cuando sólo valoramos lo moderno y lo fugaz, cuando rendimos culto a lo joven, resulta importante comprender que la educación está basada en otra dimensión del ser humano, en la transmisión de una herencia que reúne lo que hemos sido capaces de hacer a lo largo de la historia. Para ello debemos desterrar la idea actual que sostiene que el mundo comienza con cada generación y volver a pensar que nos beneficiamos con lo que ha sucedido antes, con el acceso a la exploración que sobre su medio y sobre sí mismo viene haciendo el ser humano desde el comienzo de su historia. En otras palabras, aprendiendo. Educar implica señalar la existencia de reglas. En una época en la que la norma está desprestigiada, en la que reina el individualismo más absoluto, en la que

parece que cada uno vive en el mundo que quiere, resulta importante aceptar que existen ciertas reglas cuya enseñanza está íntimamente ligada a la familia y a la escuela. En gran medida, la crisis actual de la educación está vinculada a esa resistencia a admitir las reglas. En una época de creciente igualitarismo, la escuela no necesariamente obedece a esa tendencia porque está basada en una asimetría que, de no existir, le quitaría su sentido.

En este contexto surge uno de los problemas más graves que enfrenta la sociedad actual: el descenso en las vocaciones por la ciencia, que resultan imprescindibles en la sociedad en la que ingresamos. ¿Por qué caen estas vocaciones en todo el mundo? Tal vez porque no enseñamos con interés disciplinas como la matemática, la física, la química, la biología. No hacemos el esfuerzo de entusiasmar a los jóvenes en el descubrimiento del mundo que supone la ciencia, actividad humana por excelencia que satisface la curiosidad y que brinda la posibilidad de desarrollar la creatividad, siguiendo las reglas de cada disciplina. Porque sólo conociendo esas reglas es posible cambiarlas, sólo sabiendo lo que se ha hecho es posible crear. Es esta una tarea fundamental que hemos abandonado hace mucho tiempo. Si es verdad que queremos vivir en la sociedad del saber y del conocimiento, ocupémonos de enseñar matemática, física, química y otras ciencias. Si nadie instruye a nuestros jóvenes, es muy difícil que se despierten en ellos vocaciones por lo que ignoran.

Es la educación formal la que debe hacer un esfuerzo, actuando como fuerza contracultural, para tratar de demostrar que se puede ser tan feliz resolviendo un problema científico como cantando, actuando o tocando una guitarra eléctrica. Si no hacemos ese esfuerzo, no nos quejemos luego al comprobar que en nuestra sociedad es escasa la vocación por conocer. Empeñémonos, pues, en rescatar a todos los niños y jóvenes que abandonamos inermes a la maquinaria de la estupidización ignorante, mostrándoles esas otras realidades, que tienen derecho a conocer por el sólo hecho de ser humanos.